

ALEXANDRA POPOFF

Vasili Grossman
y el siglo soviético

Traducción castellana de
Gonzalo García

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: septiembre de 2020

Vasili Grossman y el siglo soviético
Alexandra Popoff

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Vasily Grossman and the Soviet Century*

© Alexandra Popoff, 2019
© de la traducción, Gonzalo García, 2020

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar las autorizaciones de los propietarios del *copyright* de las imágenes que ilustran esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-219-6
Depósito legal: B. 7.184-2020
2020. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

En la ciudad de Berdichev

Se tenía a Berdichev por la ciudad más judía de Ucrania. Antes de la revolución, los antisemitas y las Centurias Negras la llamaban «la capital judía».

VASILY GROSSMAN,
«El asesinato de los judíos de Berdichev»

En 1929, en el artículo «Berdichev en serio, no en son de broma», Vasili Grossman, que a la sazón contaba veinticuatro años, lamentaba que su ciudad natal poseyera una reputación injustificadamente negativa. «¿Qué sabe sobre Berdichev el ciudadano de a pie? No sabe nada, salvo que nacer en Berdichev, desposarse allí o vivir allí por uno o dos años no es algo que deba admitir en voz alta.» El personaje chejoviano del doctor Chebutykin (en *Las tres hermanas*) —¿qué sabe sobre Berdichev?— ¡se horroriza al saber que Balzac se casó allí! Los antisemitas describen la ciudad como «la capital *de aquellos*».¹

Cuando Grossman escribió este artículo Berdichev había dejado de ser un centro de la vida cultural y religiosa de los judíos. Tras la revolución de 1917, se convirtió en una ciudad soviética, con varias fábricas y una clase trabajadora numerosa. Entre su población predominaban los judíos, pero la educación religiosa se había abolido y todas las clases se impartían según el currículo soviético estandarizado. Los rabinos ya no enseñaban la Torá en el jéder (la escuela tradicional). Los

artesanos de Berdichev, antaño numerosos, aún producían sus famosos muebles y el calzado de cuero, muy demandados por toda Ucrania y el Asia Central. Pero «después de la revolución, el comercio había muerto», escribe Grossman. De la vieja prosperidad de los mercaderes solo quedaban las hileras de almacenes vacíos y cerrados del casco viejo de la ciudad.

En los siglos XVIII y XIX Berdichev había sido un centro comercial destacado, primero integrado en la República de las Dos Naciones (la mancomunidad polaco-lituana) y, tras el reparto de Polonia, como territorio del imperio ruso. La riqueza de la ciudad se cimentaba en parte en su situación geográfica, que era estratégica. En la década de 1870 se construyó una vía férrea que acabó conectando Berdichev con dos líneas principales, la que la unía con San Petersburgo pasando por Kiev, y la que la enlazaba con esta última ciudad, Brest* y Varsovia.

Hasta que fue absorbida por el imperio ruso en 1793, Berdichev fue una ciudad polaca. Quedó integrada en la Zona de Residencia Permanente de los Judíos, donde estos se vieron obligados a vivir desde 1791, cuando el gobierno de Catalina la Grande impuso restricciones a la libertad de comercio y asentamiento de los judíos. En un principio, esta medida pretendía proteger los intereses de los mercaderes de Moscú, que se quejaban de la interferencia de los comerciantes judíos venidos de los territorios anexionados de Polonia. El decreto, que entró plenamente en vigor en 1835, prohibía a los judíos tanto abandonar la Zona sin un permiso especial (que solo los más ricos podían costearse) como establecerse en las grandes ciudades. La Zona, que se extendía por los márgenes occidental y meridional de Rusia, desde el Báltico hasta el mar Negro, ocupaba una superficie de unos 1.225.000 kilómetros cuadrados. Tales restricciones al asentamiento de los judíos no perdieron su vigencia hasta la revolución de 1917, cuando Grossman contaba doce años.

Berdichev, situada en mitad de un sector empobrecido, la región suroccidental de la Zona de Residencia, se hallaba en una condición mucho mejor que Voronkov, la población natal de Shólom Aléichem, y su

* Más conocida entre nosotros como Brest-Litovsk, aunque el topónimo se simplificó cuando la ciudad quedó integrada en la República Soviética de Bielorrusia, después de la segunda guerra mundial. (*N. del t.*)

creación literaria: Anatovka. En las aldeas y los *shtetl* judíos de la Zona abundaban la pobreza, el aislamiento y la superpoblación. Para Aléichem, aquellos lugares estaban «perdidos en un extremo del mundo, aislados de los alrededores» y de la civilización. Para este autor, los judíos de la Zona vivían «atestados como los arenques de un barril». ² Pero Berdichev era otra cosa. En 1898, el propio Aléichem le había escrito a un pariente, en tono de humor: «Acabo de volver de París —o sea, de Berdichev— y me encuentro con una carta tuya». ³

Berdichev y la vecina Kiev eran centros notables de comercio e industria ligera. A principios del siglo XIX, algunas compañías de Berdichev hacían incluso tratos internacionales. En cierto momento la ciudad amenazó con dejar atrás a Kiev, lo que llevó a Alejandro II, en 1852, a levantar temporalmente el veto que impedía a los judíos residir en la metrópoli ucraniana. ⁴ En Berdichev se reaccionó erigiendo un monumento al zar que había emancipado a los siervos y autorizado a los judíos a asentarse en colonias agrícolas emplazadas fuera de la Zona de Residencia. El abuelo y los padres de León Trotski estuvieron entre los 65.000 pioneros judíos que se beneficiaron de este decreto. Recibieron tierras vírgenes en la provincia de Jersón, en el sur de Ucrania, y prosperaron pese a carecer de experiencia agrícola. ⁵

En la década de 1860, su fase de apogeo, Berdichev contaba con varios miles de comerciantes y artesanos. Sus ochenta sinagogas y casas de oración estaban organizadas de acuerdo con ocupaciones específicas: sastres, zapateros, caldereros, herreros o panaderos tenían sus propios lugares de devoción. El destacado movimiento jasídico de Berdichev había llegado a la ciudad en el siglo XVIII, con el *tsadik* Levi-Yitzhak ben Me'ir. Este rabino, conocido por no dejarse amedrentar en la denuncia de las injusticias, pidió a los jefes judíos que se opusieran a las restricciones gubernamentales. El escritor y premio Nobel de la Paz Elie Wiesel, que nació en Rumanía más de un siglo después de la muerte de Levi-Yitzhak, lo imaginaba como «un poderoso, invencible paladín de los débiles ... dispuesto a arriesgarlo todo y perderlo todo en la búsqueda de la verdad y la justicia ... “¿Qué hizo grande a Levi-Yitzhak de Berdichev?”, preguntó mi abuela, y respondió: “Era un luchador”». ⁶ Ni Grossman ni su familia eran religiosos, pero todos conocían la historia del famoso maestro rabínico de Berdichev.

Durante la infancia de Grossman, Berdichev aún contaba con

barrios discretos de polacos y judíos; sus habitantes hablaban yídish, polaco y ucraniano. En su novela *Stepán Kolchuguin* Grossman describe los lugares de oración de Berdichev, situados en cabañas sencillas, encaladas y con techados de paja, que en Ucrania se denominan *mazanki*; y el distrito polaco, más antiguo: «La ciudad contaba con dos iglesias católico-romanas y un monasterio carmelita medieval cuyas poderosas murallas y minúsculas ventanas hacían pensar antes en una fortaleza que en una casa de Dios». ⁷ En 1850 Honoré de Balzac y Eveline Hańska, una aristócrata polaca, contrajeron matrimonio en Berdichev, en la iglesia de Santa Bárbara. ⁸

A finales del siglo XIX, cuando en su mayoría los grandes comerciantes y banqueros habían trasladado la actividad a Kiev y Odesa, Berdichev declinó. Kiev era el imán que atraía a los jóvenes con talento de los *shtetl* de la zona: a todos aquellos que deseaban escapar de la trampa económica y cultural de la Zona de Residencia. Al entrar el siglo XX, los mercaderes judíos, aunque eran minoritarios en la ciudad, controlaban dos tercios del comercio kievita. ⁹ Los judíos poseían la mayoría de las fábricas de tabaco, las azucareras, la curtiduría principal y la mayor planta harinera. Hacia esta misma época, en Odesa, la mayor parte de los bancos estaban dirigidos también por judíos, al igual que las industrias rusas de la madera y la exportación. ¹⁰ Los bancos judíos ocupaban un lugar señero entre las entidades crediticias del imperio ruso. Favorecieron el desarrollo industrial de Rusia: las empresas judías financiaron (entre otros) proyectos de construcción ferroviaria, minas de oro, producción de petróleo, transportes fluviales. La industrialización rusa de finales del siglo XIX se benefició mucho de las inversiones judías. ¹¹ Pero pese a la cuantiosa contribución a la economía, la vida pública y la cultura rusas, la población judía seguía enfrentándose a restricciones legales y recibía un trato peor que otras minorías. En la década de 1880, cuando Alejandro III tomó el Ferrocarril Suroccidental, eligió los siguientes términos para quejarse de la lentitud del tren a Serguéi Witte, que por entonces dirigía el Departamento de Asuntos Ferroviarios: «He recorrido otras líneas y en ninguna otra se me había reducido la velocidad; su tren es imposible porque esa vía es una sucia judiada». ¹²

La política gubernamental oficialmente antisemita, sumada a los pogromos, hizo que los judíos ocuparan en el imperio ruso un lugar de *primus inter non pares*. ¹³ En la década de 1880 una serie de pogromos

letales se extendió por Kiev, Kishiniov y Odesa. En 1891 el gobernador de Moscú, el gran duque Serguéi Aleksándrovich, expulsó de la ciudad a unos treinta mil judíos. En San Petersburgo el gobierno municipal deportó a otros dos mil: comerciantes, médicos, ingenieros y otros profesionales cualificados abandonaron la ciudad entre grilletes.¹⁴ En aquel clima de incansable persecución gubernamental y de pogromos, una quinta parte de la población judía del imperio (que totalizaba unos 5,2 millones de personas) emigró entre 1897 y 1915, en su mayoría a Estados Unidos.¹⁵

En 1897, cerca de un decenio antes de que Grossman naciera, el censo conjunto del imperio ruso concluía que en Berdichev residían 41.167 judíos, unas tres cuartas partes del total de la población. En 1929, por el contrario, cuando Grossman dio a la imprenta el citado artículo sobre Berdichev, la población judía había menguado en más de diez mil personas.

Las dos ramas de la familia de Grossman descendían de comerciantes acomodados. En época soviética era necesario ocultar este origen, pero Grossman le reveló la verdad a su hija Katia: «Nuestra familia no se parecía a los judíos pobres de los *shtetl* que ha descrito Shólom Aléichem, los que vivían en casuchas y dormían apiñados en el suelo. No, nuestra familia viene de un entorno judío muy diferente: poseían carruajes y caballos trotones; sus esposas lucían diamantes; los niños se educaban en el extranjero».¹⁶ El tío de Grossman, el médico y empresario David Sherentsis, tenía una consulta pujante e invirtió en la construcción; levantó el teatro de Berdichev, en el que actores de Kiev y Odesa interpretaban óperas italianas y leían los cuentos de Aléichem en yídish. La clínica privada del tío David, situada en un edificio impresionante de tres plantas, contaba con el único aparato de rayos X de la ciudad. La familia vivía en una casa adyacente, de dos pisos. Aquí pasó Grossman la infancia y la adolescencia.



La madre de Grossman, Yekaterina Savéliévna (de soltera, Vitis), había nacido en 1871. Su familia procedía de Lituania, pero emigró a Odesa, y Yekaterina creció en esta ciudad. La bautizaron con el nom-

bre judío de Malka, pero nunca lo utilizó. La familia se había asimilado y las cuatro hermanas Vitis (al igual que los miembros de la generación precedente) recibieron una educación europea, que les permitió dominar el ruso y el francés. Adoptaron nombres cristianos: María, Anna, Yekaterina y Yelizaveta.

La familia del padre de Grossman, Solomón Iósifovich, emprendió un lucrativo comercio de cereales en Besarabia, una región suroccidental de la Zona de Residencia, limítrofe con Rumanía. Semión Osipóvich, como se hacía llamar, al estilo ruso,* había nacido en 1870 en Reni (actualmente, Ucrania), a orillas del Danubio. Pertenecía a una generación que rechazaba el estilo de vida de sus padres, su religión y sus tradiciones, y aspiraba a abandonar para siempre la Zona de Residencia. En aquella época un número creciente de judíos superaba las restricciones que el gobierno imponía en su formación y profesiones, y trabajaba en la abogacía, la medicina o la ingeniería. En la Odesa de 1886, casi la mitad de los juristas de la ciudad eran judíos. En San Petersburgo, el porcentaje de médicos y dentistas judíos ascendía al 52 % en 1913. Y en la cultura rusa entraron decenas de artistas, músicos y escritores judíos. El gobierno contestó imponiendo cuotas que frenaran su avance en tales profesiones.¹⁷ El hecho de que se limitara el acceso de los judíos a las universidades y a determinados empleos (por ejemplo, no podían ser funcionarios públicos), unido a la existencia misma de la Zona de Residencia, atrajo a un gran número de judíos al movimiento revolucionario.

Witte, el ministro de Hacienda y primer político en ostentar el cargo de primer ministro de Rusia, escribió que en lugar de ir eliminando paso a paso las leyes que discriminaban a los judíos, el gobierno no hacía más que añadir trabas legales. La brutalidad de las medidas anti-judías que el gobierno empleó en el imperio y la persistencia de los pogromos contribuyen a explicar por qué «ninguna otra nacionalidad

* Ósip es una variante típica de Iósif. Semión es propiamente nuestro Simeón, no Salomón; pero como se ha visto también en el caso de Malka/Yekaterina, y en el contexto de antisemitismo ya descrito por la autora, era frecuente que las familias judías, en particular las asimiladas, adoptaran antropónimos de apariencia menos hebraica, directamente relacionados o no. A ello se añade que en Rusia, como se verá de forma recurrente en este mismo libro, es particularmente habitual emplear hipocorísticos. (*N. del t.*)

engendró un porcentaje de revolucionarios tan alto como los judíos». ¹⁸ Los ultranacionalistas apoyados por el estado, como las Centurias Negras y la Unión del Pueblo Ruso, abogaban abiertamente por la violencia antisemita. En 1905, inmediatamente después del Manifiesto de Octubre, en el que el zar Nicolás II prometía ampliar las libertades civiles, los ultranacionalistas culparon a los judíos de la agitación antigubernamental y organizaron un pogromo letal en Kiev, que supuso la muerte de docenas de personas, con cientos de heridos e incontables negocios destruidos. Los pogromos más mortíferos de Kishiniov, Gómel y Kiev, entre otros, se realizaron no ya con el consentimiento del gobierno, sino con ayuda del Ministerio del Interior, la policía y las autoridades locales.

Un cuadro de un artista polaco, que ilustraba el pogromo de 1905 contra los judíos de Kiev —con la figura de Nicolás II al fondo— produjo conmoción al exponerse en Fráncfort en 1910. Como el emperador y la familia real estaban en esta ciudad alemana, la policía intentó convencer al organizador de la exposición de que retirase la pintura. ¹⁹ La autocracia rusa estaba empleando una fuerza brutal para implantar la política de un solo zar, una única religión y una sola nacionalidad. Aunque pretendía alejar a los judíos de la actividad revolucionaria, en realidad consiguió el efecto contrario: los radicalizó. ²⁰

Los judíos contaron con una representación cuantiosa en todos los partidos revolucionarios, incluido el bolchevique. El Bund judío, creado en 1897, fue el primer partido socialdemócrata del imperio ruso; fomentaba el marxismo en lengua yídish. ²¹ Muchos de los principales revolucionarios judíos —León Trotski (Leiba Bronstéin), Grigori Zinóviev (Ovséi-Gersh Apfelbaum), Lev Kámenev (Rózenfeld), Grigori Sokólnikov (Girsh Brilliant)— destacaron entre los líderes bolcheviques próximos a Lenin. No eran religiosos ni querían que los definieran como judíos. Si le preguntaban por su nacionalidad, Trotski decía que era «socialdemócrata». ²²

Al igual que millares de judíos del imperio, que fueron abogados, ingenieros o médicos, los padres de Grossman aspiraban a ingresar en la clase de los profesionales más cualificados. Una formación de calidad abría camino a la igualdad y la libertad. Yekaterina Savélievna estudió en Francia; Semión Osipóvich se licenció en ingeniería química en la Universidad de Berna. La pareja se conoció en Italia, con algo

más de treinta años; la única fotografía conservada de los dos juntos se tomó en Turín. Yekaterina Savélievna estaba casada con un judío italiano del que solo sabemos que era tan celoso que no se le podía contar nada al respecto. Cuando ella se enamoró de Osipóvich, en consecuencia, tuvo que escapar en secreto de su marido. Romper un matrimonio requería de no poca valentía para una mujer de su tiempo y con su discapacidad: Yekaterina Savélievna adolecía de displasia de cadera (un defecto en el encaje de la articulación de la cadera). El nuevo matrimonio no duró: él dejó a la familia cuando el hijo era muy pequeño. Aun así, padre e hijo conservaron la amistad y mantuvieron una correspondencia regular. Pese a que más adelante Semión Osipóvich se volvió a casar, no tuvo más hijos. Él y Yekaterina Savélievna se ocuparon con gran cuidado de su único hijo.

El padre de Grossman participaba activamente en la clandestinidad revolucionaria. La Europa del cambio de siglo estaba repleta de socialistas y emigrados políticos rusos. Las ideas marxistas cobraron popularidad en Rusia en la última década del XIX, y en los años iniciales del nuevo siglo proliferaron las colonias de marxistas rusos en Alemania, Suiza, Inglaterra y Francia. En Suiza, por ejemplo, uno podía encontrarse con Gueorgui Plejánov, el destacado periodista y pensador marxista que inauguró el Primer Congreso del Partido Socialdemócrata de los Trabajadores Rusos (PSDTR), y con el prominente revolucionario anarquista Mijaíl Bakunin. (En *Vida y destino*, el bolchevique Mostovskói y el menchevique Chernetsov, encarcelados ambos en un campo de exterminio nazi, recuerdan los días de la fundación de su partido: «Hablaban emocionados sobre las relaciones entre Marx y Bakunin, de qué habían dicho Lenin y Plejánov sobre los moderados y los radicales del periódico *Iskra*. Con qué afecto Engels, viejo y ciego, daba la bienvenida a los jóvenes socialdemócratas rusos que acudían a visitarle».)²³

El padre de Grossman se unió al PSDTR hacia 1903. (Hacia finales de 1917, el partido adoptó el nombre ligeramente distinto de Partido Obrero Socialdemócrata Ruso: POSDR.) Durante el segundo congreso, que tuvo lugar aquel mismo año de 1903 en Bruselas y Londres, el partido se dividió en bandos; Semión Osipóvich se sumó a los mencheviques. Los bolcheviques, encabezados por Lenin, creían que solo se debía dar cabida a los revolucionarios profesionales. En cambio los mencheviques, dirigidos por Yuli Márto (Tsenderbaum), querían

un partido más inclusivo. En particular se oponían a las fanáticas ansias de Lenin de construir el socialismo de la noche a la mañana.

En 1905, cuando los mencheviques se esforzaron por fomentar la agitación, Semión Osipóvich ayudó a organizar un levantamiento en la Flota del Mar Negro, en Sebastopol. Grossman citaría algunas de sus proclamas en *Stepán Kolchuguin*: «¡Larga vida a la libertad y la democracia, larga vida a la jornada laboral de ocho horas, larga vida al socialismo!».²⁴ El motín de Sebastopol, que empezó el 1 de octubre, estuvo encabezado por Piotr Schmidt, un héroe de la guerra de Crimea que era teniente de navío en la Marina imperial rusa. Schmidt envió un telegrama a Nicolás II para comunicar que la flota dejaba de obedecer a los ministros del gobierno y para exigir la convocatoria de una Asamblea Constituyente. El alzamiento se sofocó y el teniente Schmidt fue ejecutado. Pero su nombre quedó asociado con la lucha de Rusia por la libertad, y Borís Pasternak hizo una interpretación romántica de su figura en un poema de 1927, titulado con su graduación militar y apellido, en el que comparaba su padecimiento con el de Cristo en el Gólgota.

El de 1905 fue un año turbulento que puso en jaque a la monarquía Románov. La derrota en la guerra con Japón y el «Domingo Sangriento» del 9 de enero —cuando tropas gubernamentales masacraron a obreros que participaban en una marcha pacífica— acabaron con la credibilidad del régimen. El imperio se vio recorrido por una ola de terrorismo político, disturbios del campesinado y amotinamientos. A principios de octubre, poco después del alzamiento de la marina en Sebastopol, se produjo una huelga general que obligó a Nicolás II a realizar concesiones. El 17 de octubre el zar dio a conocer un manifiesto que prometía libertades civiles y la elección de un primer Parlamento ruso: la Duma. Pero no acabó dando frutos claros: Nicolás II retuvo la mayoría de sus poderes autocráticos e impidió crear un órgano parlamentario genuino.



Grossman nació a finales de este año revolucionario: el 12 de diciembre de 1905. La madre contaba treinta y cuatro años cuando dio a luz

al que sería su primer hijo. La familia de Berdíchev, Anna (la tía Aniu-ta, hermana de Yekaterina) y el tío David temían que el parto se complicara, dada la edad y la discapacidad de la madre. Asistió como matrona una familiar, Rozalia Samóilovna Menáker. En su famoso relato «En la ciudad de Berdíchev», Grossman conserva el nombre de la matrona. Esta narración cuenta cómo Vavílova, una comisaria, da a luz en Berdíchev durante la guerra civil. La protagonista, ligeramente mayor que la madre de Grossman, se aloja con la extensa familia Magazánik en una casita humilde e insuficiente. Durante el parto, que dura muchas horas, la matrona se confía con Beila Magazánik: «Si crees que era mi deseo tener mi primer hijo a esta edad de treinta y seis años, entonces te equivocas, Beila». El padre del niño, un revolucionario del que en la historia solo se dice que era un «hombre triste, taciturno», muere en combate mucho antes de que el hijo nazca.²⁵ Semión Osipóvich estuvo ausente durante la mayor parte de la infancia de Grossman y, más adelante, al trabajar como inspector de minas, viajaba sin descanso; con lo cual era raro que padre e hijo se vieran. Grossman esperaba ansiosamente la oportunidad, como puede leerse en esta carta escrita a los veintitrés años: «Te echo mucho de menos, tengo muchas ganas de verte; cada vez que pienso en que estás aquí imagino que me siento en tu regazo, como de niño, y toco tu bigote, que me pincha».²⁶

El nombre de pila oficial de Grossman, Iósif, solo aparecía en sus papeles oficiales. La familia y los amigos lo llamaban como la madre quería: Vasia. (Sus lectores lo conocerían como Vasili Grossman, o Vas. Grossman, según solía firmar los reportajes del frente.) Vasili era, por supuesto, un nombre ruso: ningún niño judío se llamaba así. Su familia asimilada pertenecía a una reducida minoría de la provincia de Kiev que tenía el ruso como lengua materna. La familia no lo envió al jéder, con lo que Grossman aprendió tan solo un puñado de palabras en yídish.²⁷ En San Petersburgo —la ciudad en la que creció también Ósip Mandelshtam— el 37 % de los judíos indicaban que su lengua materna era el ruso.²⁸ El ruso era una lengua del gran mundo, un mundo laico; la lengua que permitía «soñar con la libertad» a los judíos que deseaban escapar de la Zona de Residencia.²⁹ Tanto Mandelshtam como Isaak Bábel, dos escritores contemporáneos a los que Grossman apreciaba, se manejaban con fluidez en ruso y francés. Bábel incluso ayudó a editar y traducir al ruso las obras completas de Maupassant.³⁰ Mandelshtam, aunque sus

padres habían contratado a un maestro de hebreo, no se familiarizó de niño con las costumbres judías (al igual que Grossman), hasta el punto de que los nombres de fiestas tan populares como el Rosh Hashaná o el Yom Kipur le rechinaban.³¹ (Ahora bien, pese a que Grossman no era religioso, leyó la Biblia y no fue ajeno a la tradición bíblica. Recibió una influencia directa de la creencia judía en la importancia de la compasión, en la necesidad de amar la vida y resistirse a morir hasta el último minuto, en la necesidad y obligación de recordar el pasado y honrar a los muertos, e igualmente en la necesidad de dar testimonio.)

Yekaterina Savélievna enseñaba francés y quería que su hijo dominara esta lengua. En 1910, cuando Grossman contaba cinco años, se lo llevó a Suiza, donde este pasó dos años estudiando en una escuela primaria del cantón de Ginebra. Más adelante, Grossman leería sin traducción los pasajes franceses de *Guerra y paz* de Tolstói, y recitaría poemas de Alfred de Musset; se sabía de memoria páginas enteras de las *Cartas desde mi molino*, de Alphonse Daudet, y de *Una vida* de Guy de Maupassant, que era a su vez la lectura favorita de su madre. Pero en los dos años de Ginebra no absorbió tan solo una lengua, sino que entró en contacto con los valores occidentales, incluido el respeto a los derechos individuales y las libertades, que luego siempre defendió como esenciales.

El regreso de ambos a Berdichev, en 1912, fue memorable para Grossman, que introdujo una descripción en *Vida y destino*. El chico judío David, que comparte la fecha de nacimiento y otros detalles biográficos con Vasili —salvo que David perece en un campo de concentración nazi— recuerda así el regreso de madre e hijo a Berdichev:

Era de noche cuando David y su madre volvieron de la estación. Caminaron por una calle pavimentada, iluminada por la luna, y pasaron por delante de una iglesia católica blanca que albergaba en un nicho a un Cristo delgado, del tamaño de un niño de doce años, inclinado, y en la cabeza, una corona de espinas. Dejaron atrás la escuela de magisterio donde una vez había estudiado su madre.

Y algunos días después, un viernes por la noche, David vio a los viejos que se dirigían a la sinagoga entre el polvo dorado que levantaban los pies desnudos de unos chicos jugando al fútbol en un solar.

Había un encanto conmovedor en aquella yuxtaposición de casas blancas ucranianas, el chirrido de las grúas del pozo y los antiguos bordados negros y blancos de los mantos de oración...³²

David lee literatura rusa y ucraniana —Pushkin, Tolstói, poemas de Tarás Shevchenko— e igualmente manuales de física, como hacía Grossman durante la infancia y adolescencia. En cualquier caso hallamos un retrato más claro del Grossman adolescente en su relato de 1935 «Cuatro días», donde vuelca sus vivencias en Kolia, el joven hijo del médico, al que nunca se le ve sin un libro.

«Cuatro días» describe bien cómo era crecer en «el hogar tranquilo y abundante» del tío David. Era un lugar hospitalario, donde se trataba a los invitados como si fueran de la familia, la salud era prioritaria, se amaba a los niños y mucha gente acudía a cenar, incluso en los años turbulentos de la guerra civil. La familia no perdió nunca la pasión por la comida tradicional de los judíos (lo que Solomón Mijóels describió jocosamente como «nacionalismo gastronómico»); en *Vida y destino* se menciona el típico *gefilte fisch* o «pescado relleno».³³

Los tíos tenían dos hijos —Piotr y Víktor— de la edad aproximada de Grossman; sin embargo, en su prosa el autor se presenta repetidamente como el hijo único del médico. El relato evidencia que Grossman se avergonzaba de la riqueza de su pariente. Era algo característico de los jóvenes de ambición revolucionaria: Trotski también rechazaba «la codicia, la mentalidad pequeñoburguesa y el estilo de vida» de su familia.³⁴ En nuestro caso, a Kolia, el *alter ego* de Grossman, le molestan las ideas «pequeñoburguesas» de su padre y sueña con huir con los comisarios bolcheviques que durante la guerra civil se ocultan en casa del médico.

En la narración, la esposa del médico, un carácter dominante, es una réplica de la tía Aniuta, que sustentó y alimentó a docenas de familias necesitadas de Berdichev. La inmensa mayoría de la población judía de la provincia de Kiev adolecía de enfermedades y pobreza. El tío David les proporcionaba asistencia médica gratuita, pero quien se entregó sin reservas a la filantropía fue la tía Aniuta. Grossman admiraba a esta mujer por la fortaleza de su carácter y el desdén por las posesiones materiales; la generosidad la llevaba a ser casi tiránica e irrum-

pir en el despacho de su marido para exigir dinero para la beneficencia.³⁵ El relato describe así a los tíos de Grossman: «María Andréievna era dura como el acero. El médico sabía que ningún poder del universo podría obligarla a cambiar, de modo que se conformaba con la presencia de los pobres, que cenaban en la cocina; los paquetes que ella enviaba a sus sobrinos y sobrinas; y los comisarios que, habiendo venido por una radiografía, aparecían de pronto en la despensa».³⁶ En el relato, el médico se queja de que ni la fortuna de un Rothschild bastaría para costear la ayuda de ropa y alimentos que su esposa daba a los indigentes; ella le responde que nadie la iba a ver nunca rechazando ni a una sola persona. En la casa todo el mundo simpatiza con los comisarios, salvo el médico, que demuestra bastante sentido común: «Yo solo quiero saber una cosa: por qué durante la revolución —que se hace por la felicidad de todos— los niños, los viejos y en general todos los inocentes y vulnerables son los que más sufren?».³⁷ La pregunta del médico queda sin respuesta. Grossman no quería que su familia leyera esta narración, pero en 1935 su primo Víktor la llevó a Berdichev. El tío David y la tía Aniuta se ofendieron con el retrato de la casa familiar y las burlas ocasionales del sobrino, como en la escena en la que el médico se pone de puntillas para dar un beso en el cuello a su gran esposa.



En verano de 1914, en vísperas de la guerra mundial, Grossman y su madre se mudaron a Kiev, donde el chico asistiría a una secundaria de orientación científico-técnica. El currículo, que se inspiraba en los programas de los institutos europeos (en particular en la *Realschule* alemana), hacía hincapié en un enfoque práctico de la educación. Aquí el interés de Grossman por las ciencias floreció, aunque en el año de ingreso tuvo que asistir a una clase preparatoria. El porcentaje de alumnos judíos, en este tipo de centros, era inferior al de otros institutos.³⁸ Como estudiaba en un centro cristiano, Grossman tuvo que aguantar las bromas antisemitas de los compañeros, al igual que por ejemplo Trotski, que asistió a la *Realschule* de San Pablo, en Odesa. Yuli Márto, correvolucionario que estudió en el mismo instituto, contaba cómo el profesor de Geografía le preguntaba cuál era la capital de Rusia antes

de que se la trasladara a San Petersburgo. Mártoov respondió acertadamente que Moscú. ¿Y antes de Moscú? Mártoov dio de nuevo en el clavo: antiguamente, la capital de Rusia había sido Kiev. El maestro fingió sorprenderse y comentó que había esperado que Mártoov la situara en Berdichev.³⁹ Los judíos eran la minoría religiosa más numerosa de Kiev. Pero si querían ingresar en las universidades y los institutos preparatorios, debían solicitar un permiso de residencia y estudio a las autoridades, incluso para un simple período de exámenes. Esta norma discriminatoria estuvo en vigor hasta la revolución de 1917.⁴⁰

En *Stepán Kolchugin*, Serguéi Kravchenko —el protagonista grossmaniano, que es medio judío— llega a Kiev para estudiar poco antes de la guerra mundial.⁴¹ Como procede de una ciudad minera de la cuenca del Donets, aquella gran ciudad europea le impresiona, por el medio millón de habitantes y la grandiosa calle de Bezakóvskaia, con numerosos hoteles de tres plantas. Las sensaciones de novedad y placer del héroe, que sueña con convertirse en un estudioso reputado, se hacen eco de las del propio Grossman al entrar en un mundo mayor. En Kiev se respiraba cierto aire a futuro: era una ciudad europea relevante, con numerosas escuelas, institutos y universidades, como la Universidad de San Vladimiro y el Instituto Politécnico, que destacaban entre los mejores de Rusia.

La peripecia de Serguéi Kravchenko es autobiográfica: es otro lector voraz, hijo único de un médico. La relación con su madre, una fuerza poderosa en su vida, se narra con sensibilidad. A la madre del autor le encantaba esta novela; en abril de 1941 escribió que se sentía «atraída» por sus personajes principales, Serguéi Kravchenko y Stepán Kolchugin; los sentía cercanos y deseaba saber qué más les deparaba la vida.⁴²

En Kiev, donde estuvo hasta principios de 1919 (y adonde regresó poco antes de que concluyera la guerra civil, en 1921), Grossman hizo amistades que le acompañaron toda la vida. Entre ellas estaba Semión (o Sioma) Tumarkin, un chico judío de la provincia ucraniana de Poltava, que se convertiría en un celebrado profesor de Matemáticas. Lev Tumarkin, su hermano mayor, sería aún más famoso, como decano del Departamento de Mecánica y Matemáticas de la Universidad de Moscú. Grossman se reencontró con ellos en Moscú. Con Semión compartió un pupitre doble en la *Realschule* kievita. Su otro gran amigo de la

época fue Viacheslav Lobodá, un chico sensible y musical de familia ucraniana, dos años mayor. El padre, Iván Lobodá, enseñaba lengua y literatura rusas en el Instituto n.º 2 de Kiev. Grossman utilizó el apellido de su amigo (pero no su imagen) en *Stepán Kolchuguin*. Viacheslav Lobodá, que trabajaría como maestro e inspector educativo en Chukotka, en el Extremo Oriente, representó una fuente de información crucial para Grossman en los temas de la hambruna de Ucrania y el Gulag. Grossman confiaba tanto en él que le entregó una copia de su novela prohibida, *Vida y destino*. En Kiev Grossman conoció asimismo a su primer amor y futura esposa, Anna Petrovna Matsiuk, una ucraniana hermosa, alegre y libre de convencionalismos, de una familia cosaca de Chernígov.

La prosa de Grossman muestra de forma palmaria su temprana obsesión por la ciencia. Tanto Serguéi Kravchenko como el Kolia del relato «Cuatro días» son niños prodigio, que leen manuales teóricos de física, química, acústica y matemáticas. Kolia piensa en átomos y moléculas nada más despertarse. La curiosidad le lleva a sumergirse en volúmenes de geología, astronomía, paleontología y biología evolutiva; disfruta en particular de *El origen de las especies* y *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo*, de Darwin. Kolia también lee la primera parte de *El capital*, del que toma notas abundantes, aunque sin comprender gran cosa. (*Das Kapital* se tradujo al ruso en 1872; los censores autorizaron la publicación porque lo confundieron con un tratado de economía.) Al igual que Kolia, Grossman soñaba con hacer descubrimientos rompedores; más adelante bromearía sobre esta fe extraordinaria en su propia genialidad. A Kolia le atormenta el futuro, pero nunca pone en duda que está destinado a la grandeza: «Le inquietaba sobremanera el dilema de si debía dedicarse a la ciencia y dar a la humanidad una nueva Teoría de la Materia o bien unirse a las filas de los combatientes comunistas ... ¿Debía convertirse en un Newton o en un Marx? No era una cuestión baladí pero Kolia, pese a su gran erudición, era incapaz de resolverla». ⁴³ En *Stepán Kolchuguin* Grossman proyecta la aspiración científica incluso sobre el joven proletario Stepán, que revela una gran capacidad de aprendizaje y estudia química con especial empeño.

En el otoño de 1914, aun a pesar de la movilización para la guerra, en Kiev la vida seguía transcurriendo con tranquilidad. Los tranvías

circulaban; los teatros, los museos, las escuelas y las universidades seguían abiertos. En cambio, el repertorio musical de las óperas y los conciertos empezó a reflejar el sentimiento general antigermánico: se prohibió interpretar a Wagner, Beethoven y Schubert, y el *Fausto* de Goethe se limitó a la versión operística de Gounod.⁴⁴ Al empezar la guerra, el patriotismo era intenso. En agosto, las masas tomaron la calle de Kreschatik —la arteria principal de Kiev— con marchas patrióticas que portaban retratos del emperador y la emperatriz, así como banderas de Rusia y Serbia. Por entonces muchos consideraban que la guerra se libraba para defender Rusia y Serbia. Se dejaron de lado los enfrentamientos étnicos. En *Stepán Kolchuguin*, al describir una manifestación progubernamental por las calles de Kiev, Grossman escribe que los judíos marchaban «con el retrato del zar, con banderas y rollos de la Torá; ancianos con sus barbas tradicionales al lado de la Unión del Pueblo Ruso». ⁴⁵ Resultaba especialmente llamativo ver a judíos sumándose a las mismas convocatorias patrióticas que los ultranacionalistas, en particular después del caso Beilis, el «caso Dreyfus» de Rusia; más adelante nos ocuparemos de cómo se instigó este asunto en Kiev y concluyó allí con un juicio de gran resonancia, en 1913.

Al estallar la guerra, miles de judíos del imperio se alistaron en el ejército, muchos de ellos convencidos de que se les otorgaría la igualdad de derechos civiles. Pero sucedió lo contrario. Aunque más de medio millón de soldados judíos prestaron servicio en el ejército ruso, las autoridades acusaron a la población judía de la Zona de Residencia de dar apoyo a los alemanes. A partir de marzo de 1915 cientos de miles de civiles judíos de la región fronteriza occidental, donde se estaban desarrollando en gran parte los combates, fueron considerados sospechosos y se les obligó a abandonar sus casas de un día para otro; los deportaron al este, al interior de Rusia, en vagones de carga u obligados a caminar.⁴⁶

Rusia había entrado en la guerra con optimismo y unidad: las diferencias se aparcaron y se puso fin de inmediato a las huelgas que, antes del verano de 1914, habían movilizado a 1,5 millones de trabajadores.⁴⁷ Los estudiantes se presentaban voluntarios para el frente; las chicas y las mujeres se unían a la Cruz Roja. La Duma estatal dio un apoyo incondicional a la guerra, lo que contribuyó a intensificar el optimismo del zar. Nicolás II preveía que la contienda sería breve y victo-

riosa, una «repetición» de lo que había «sucedido durante la guerra de 1812» con Napoleón.⁴⁸ Pero a los pocos meses, el ánimo patriótico había decaído. En 1915 Rusia perdió las provincias occidentales. «Por la noche el cielo aparecía rojo, lo que hacía pensar en los incendios de Galitzia y la sangre de los soldados», escribe Grossman en *Stepán Kolchugin*.⁴⁹ Con los miles de heridos que buscaban amparo en la retaguardia, Kiev se convirtió en una ciudad hospital: se instalaron camas en los edificios públicos, los refugios y los centros de enseñanza. Las fábricas se centraron en la producción bélica, con una mano de obra compuesta principalmente por mujeres, niños, refugiados y prisioneros de guerra.⁵⁰

Durante los años de Grossman en Kiev, el recuerdo del caso Beilis estuvo muy presente. La ordalía había empezado en la primavera de 1911, cuando justo antes de la Semana Santa un niño judío, Andréi Yuschinski, fue asesinado por unos criminales. Sin embargo se culpó de la muerte a Méndel Beilis, el gerente judío de una fábrica de ladrillos kievita (la de Záitsev). La única relación del sospechoso con el caso era que el cuerpo de la víctima se había hallado cerca de la fábrica. Aun así, Beilis pasó dos años encarcelado, mientras el asunto se arrastraba. Al igual que la experiencia de Dreyfus en Francia, el caso de Beilis dividió a la sociedad rusa. Las autoridades presionaron al fiscal. El ministro de Justicia Iván Scheglovítov se aseguró de que el asunto se juzgara como un libelo sangriento. Por su parte los ultranacionalistas distribuyeron hojas volantes denunciando que los judíos habían cometido un asesinato ritual.

Las autoridades rusas ya habían utilizado anteriormente los libelos sangrientos para fomentar pogromos, incluido uno de los más graves: el de Kishiniov de abril de 1903. Incitado por las autoridades, un periódico derechista local publicó un artículo que acusaba a los judíos de haber asesinado ritualmente a un niño cristiano, pese a que se sabía que la muerte había sido obra del tío. El pogromo de Kishiniov levantó protestas en todo el mundo, también entre los intelectuales rusos. El gobierno de Nicolás II, no obstante, no varió el rumbo, y aquel mismo año se instigaron pogromos en varias ciudades de Ucrania y Bielorrusia.

El juicio de Beilis pasó a la historia como la reaparición más infame del libelo de sangre en Europa desde la Edad Media. El proceso tuvo

lugar en el Tribunal Superior de Kiev, entre septiembre y octubre de 1913, con una amplia cobertura de la prensa y protestas por toda Rusia, Europa y América. La publicidad avergonzó al zar porque puso de manifiesto el sesgo antisemita de su gobierno. El equipo defensor, formado por eminentes abogados judíos y rusos, llamó al estrado a rabinos respetados que dilucidaron las costumbres y creencias judías. La fiscalía, por su parte, trajo a varios destacados activistas antisemitas. Beilis fue declarado no culpable por un jurado cuyos miembros eran todos cristianos, pero —con el apoyo gubernamental— emitieron un veredicto ambiguo que, pese a confirmar la inocencia de Beilis, insistía en que el asesinato había sido de carácter ritual.⁵¹ De resultas, el caso sigue sin cerrarse hasta nuestros días. Más de un siglo después, los ultranacionalistas peregrinan a la tumba de la víctima cristiana, donde en 2006 instalaron una lápida con una inscripción tomada del veredicto del jurado.⁵²

Durante el caso, los judíos sufrieron ataques al azar por toda Ucrania y vivieron aterrorizados por los pogromos. En *Stepán Kolchuguin* Grossman muestra cómo la administración de una fábrica de una ciudad minera del Dombás impulsaba la publicación de textos derechistas; a los gestores fabriles (muchos, ultranacionalistas) la propaganda antisemita les resultaba útil para distraer a los obreros de la agitación revolucionaria. En la misma novela, Grisha Bajmutski, hijo de un bolchevique exiliado, le dice a su primo Serguéi Kravchenko que el caso Beilis fue un invento del gobierno, y califica a Vladímir Golúbev —un líder estudiantil de las Centurias Negras kievitas, que fue el primero en acusar a Beilis de asesinato ritual— de «fanático del antisemitismo». Golúbev es tan fanático que se niega a viajar en tren porque la vía la habían «tendido los judíos».⁵³ El zar, a juicio del chico, está aliado con los ultranacionalistas y el clero.

De hecho, en efecto, la Unión del Pueblo Ruso y los grupos de matones conocidos como Centurias Negras contaban con el apoyo del régimen. Miembros de la policía secreta rusa, la Ojrana, redactaron y publicaron en 1905 un texto tan netamente antisemita como *Los protocolos de los sabios de Sion*, que contribuyó a promover la violencia contra los judíos en los años de agitación revolucionaria. Nicolás II, aunque reconocía que la obra era falsa, guardaba una edición de 1906 en su biblioteca.⁵⁴ Irónicamente, los retratos de los zares Alejandro III y Ni-

colás II, que colgaban no solo en todos los despachos gubernamentales sino también en las casas de los nobles rusos, habían sido pintados por Valentín Serov, un notable retratista de origen judío.

Los intelectuales rusos comprendieron que era inevitable que en su país se produjera un cambio político: las masas vivían entre la pobreza y la explotación, las minorías religiosas estaban perseguidas y el zar, ya en el siglo xx, aún conservaba un poder absoluto. En el medio en el que creció Grossman, uno de los grandes temas de conversación era el futuro del país. «¡Rusia! ¡Cuántas veces repitió Serguéi esta palabra y cuántas veces la oyó! “Solo en Rusia son posibles tales cosas” ... “la ignorancia rusa” ... “Rusia lleva trescientos años de atraso”.»⁵⁵

La autocracia era incapaz de lidiar con las complejidades de una guerra total, y el gobierno era cada vez más impopular. Nicolás II, que asumió en persona el mando de las fuerzas armadas, delegó la tarea de regir el país en la emperatriz Alejandra, que gozaba de escaso aprecio entre el pueblo por su origen alemán y los vínculos con Rasputín. En el frente había carestía tanto de municiones como de comandantes competentes. Las pérdidas que Rusia sufrió durante la primera guerra mundial —casi dos millones de muertos y cerca de cinco millones de heridos— fueron las más elevadas de todos los participantes.⁵⁶ Todo este padecimiento, sumado a la carga económica de la guerra, a la creciente escasez de alimentos y a la inflación, desembocaron en un malestar generalizado. Las múltiples huelgas, cada vez más numerosas, culminaron en marzo de 1917 cuando salieron a la calle los obreros de la fábrica de Putílov, la más grande de la capital.



Aquella monarquía de varios siglos de antigüedad cayó a los pocos días de que se iniciara un levantamiento popular en Petrogrado.* El 8 de marzo estallaron disturbios por el pan en Vybórg, un barrio obrero.⁵⁷ El 11 de marzo una muchedumbre imposible de controlar tomó el centro de la capital. La policía abrió fuego contra la multitud, lo que

* La capital era aún, aunque ya por poco tiempo, San Petersburgo, que desde 1914 se llamaba Petrogrado. (*N. del t.*)

solo provocó más desórdenes. Muchos soldados, en lugar de enfrentarse a los manifestantes, se unieron a sus filas. El 12 de marzo Petrogrado estaba en manos de los insurgentes. Fue una revolución pacífica y espontánea, no encabezada por ningún partido político. Nicolás II, tras perder el apoyo tanto del ejército como de los parlamentarios de la Duma, se vio obligado a abdicar. El 15 de marzo llegó a su fin el reinado de la dinastía Románov.

Le sucedió un «poder dual» constituido por los ministros liberales del Gobierno Provisional (en su mayoría, miembros del Partido Demócrata Constitucional) y el Sóviet de Petrogrado de los Diputados de los Obreros y Soldados.⁵⁸ Aleksandr Kérenski, un abogado señoero, fue la única persona que ocupó cargos en los dos organismos gubernamentales, al ser tanto ministro de Justicia como vicepresidente del Sóviet de Petrogrado.

El nuevo gobierno se enfrentaba a una tarea hercúlea: dismantelar las estructuras de la autocracia e iniciar la transición hacia un régimen democrático y socialmente justo.⁵⁹ Dio su aprobación a las primeras leyes liberales de Rusia, que garantizaban la libertad de prensa, de reunión y de conciencia. El 22 de marzo el Gobierno Provisional abolió asimismo toda la legislación que discriminaba de acuerdo con los orígenes étnicos, la clase y la religión: todos los ciudadanos pasaron a gozar de los mismos derechos. El príncipe Lvov, que encabezó la primera de las administraciones temporales, soñaba con convertir a Rusia en una democracia parlamentaria y el país más libre del mundo. No en vano, Rusia fue el primer país que autorizó el sufragio femenino. Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña e Italia reconocieron de inmediato al Gobierno Provisional, que aspiraba a hacer de Rusia una nación capitalista moderna y socia de confianza de las occidentales.⁶⁰

La revolución de febrero de 1917 introdujo la etapa de mayor libertad de la historia de una Rusia que transitó de la esclavitud a la libertad. Grossman, que entonces contaba doce años, pudo degustar una libertad e igualdad que no olvidaría nunca. En su última novela, *Todo fluye*, reflexiona sobre el destino de su país y la corta vida de su democracia, y escribe: «En febrero de 1917 se abrió ante Rusia el camino de la libertad. Rusia escogió a Lenin».⁶¹ Si Rusia en efecto hubiera adoptado el camino de la democracia, según se lo ofrecía el Gobierno Provisional, la nación se habría ahorrado el Terror Rojo de

Lenin y la guerra civil, la grave hambruna consiguiente y el terror y los genocidios de Stalin.

Los judíos rusos, en su mayoría partidarios de los mencheviques, consideraban que el interludio de ocho meses comprendido entre la caída de la monarquía y el golpe de estado bolchevique había sido la época más feliz de la historia de su país.⁶² En el tercer Gobierno Provisional la mayoría recayó sobre los mencheviques y miembros del Partido Social-Revolucionario. Los primeros entendían que Rusia, como país campesino, no estaba lista para el socialismo y primero debía experimentar el desarrollo capitalista. Semión Osipóvich, aunque se distanció de los mencheviques, veía bien los cambios que comportó la revolución de febrero. Cuando Grossman escribió *Stepán Kolchugin*, su principal fuente de información sobre los partidos políticos y el movimiento revolucionario anterior a 1917 no fue otra que su propio padre. Aunque en la novela no podía hacer referencia explícita a los mencheviques, el protagonista Lobovánov presenta sus ideas de una forma convincente y creíble:

Nuestro país necesita una larga educación en democracia y libertades parlamentarias, fomentar la conciencia pública, y varios años de ir sacándose de encima al esclavo, como dijo Chéjov ... El pueblo ruso necesita desarrollar la confianza en sí mismo y en la propia dignidad, la capacidad de pensar con independencia ... Rusia siempre ha sido un país de fachadas pintadas que ocultaban la enfermedad, los cementerios del cólera, el abuso del alcohol y la ausencia de derechos políticos. Esto solo puede desaparecer si se disuelve la autocracia, esta fuerza terrible del despotismo ruso ... y se introduce la transparencia, la libertad de prensa, la libertad de expresión y de conciencia y todas las libertades inherentes a una sociedad democrática.⁶³

Sin embargo, el Gobierno Provisional se mostró incapaz de resolver los asuntos más urgentes del país: poner fin a la guerra y redistribuir la tierra. De hecho, creía que tales cuestiones solo podrían solventarse con un gobierno permanente, elegido democráticamente. En consecuencia el primer paso fue convocar elecciones a una Asamblea Constituyente. No obstante, las ideas de democracia y legalidad no po-

dían competir con las promesas populistas de Lenin: paz, tierra y pan. En palabras de Grossman, Rusia «siguió» a Lenin porque «él le había prometido montañas de oro y ríos de vino». ⁶⁴

La elección de una Asamblea Constituyente se produjo en vísperas del golpe de Estado. Los bolcheviques, tras hacerse con el poder el 7 de noviembre de 1917, proclamaron un régimen socialista. Se impidió trabajar a la Comisión Electoral Panrusa y los resultados de la primera votación democrática de la historia rusa no se dieron a conocer. Mucho más tarde, cuando los expertos reconstruyeron aquellos resultados, resultó que los bolcheviques habían quedado por detrás del Partido Social-Revolucionario, el preferido por los campesinos. ⁶⁵

Al tomar el poder, Lenin se apresuró a dismantelar la legislación que había posibilitado que su partido, prohibido en Rusia antes de la revolución de febrero, volviera del exilio. Canceló la Asamblea Constituyente elegida democráticamente, lanzó una ofensiva contra el Partido Demócrata Constitucional (de orientación liberal) y empezó a deportar y arrestar a los mencheviques y socialrevolucionarios. En 1919 la Cheká, la policía secreta bolchevique, hizo detenciones de todos aquellos que, simplemente, se sospechaba que pertenecían a los socialrevolucionarios de izquierdas. En 1921 las cárceles ya estaban llenas de socialistas a los que se mantenía en prisión durante meses aun sin que se hubieran formulado siquiera acusaciones. ⁶⁶ En el verano de 1922 se celebró el primero de los grandes juicios amañados de la era soviética. Treinta y cuatro miembros de los socialrevolucionarios de derechas, a los que el zar había ordenado encarcelar por actividades revolucionarias, fueron condenados a la pena de muerte (que luego se conmutó por otros castigos). *Pravda* los calificó de «traicioneros lacayos de la burguesía». ⁶⁷ Los mencheviques también sufrieron una sucesión de arrestos y, en 1922, se ilegalizó su partido. (La persecución no terminó aquí: en los primeros años de la década de 1930, Stalin también dio caza a sus antiguos partidarios.) Como escribiría Grossman en *Todo fluye*, «para [Lenin] la revolución rusa no significaba la libertad de Rusia». Impulsado por una «fe fanática en la autenticidad del marxismo», Lenin impuso una dictadura dirigida al ideal comunista. ⁶⁸

El 11 de diciembre de 1917 los bolcheviques institucionalizaron el concepto de «enemigo del pueblo». A los pocos días, el 20 de diciem-

bre, se fundó asimismo la Cheká, que en 1921 había engordado hasta contar con más de 280.000 empleados.⁶⁹ Se crearon nuevos tribunales revolucionarios para juzgar los delitos «contra el estado proletario», «de sabotaje», «de espionaje», etcétera. En 1918 Lenin reintrodujo la pena de muerte —que el Gobierno Provisional había abolido— y, aquel mismo otoño, la Cheká ya había llevado a cabo miles de arrestos y ejecuciones.

La Constitución soviética de 1918 privó del derecho a voto a millones de kulaks, sacerdotes y nobles, quienes quedaron fuera de la ley y perdieron, literalmente, la condición de personas, pasando a ser «ex hombres».⁷⁰ En la primavera de aquel año no quedaba en todo el país ni un solo periódico que no fuera bolchevique. Como dijo Grossman en su última novela: «Fue enorme la fractura que produjo Lenin en la vida rusa».⁷¹

En nombre de «la dictadura del proletariado», los bolcheviques desataron el Terror Rojo. El decreto justificó detener y ejecutar incluso a obreros en huelga.⁷² En mayo de 1918, después de medio año en el poder, el gobierno bolchevique promulgó un decreto «sobre el monopolio de los alimentos» que privaba a los campesinos del derecho a poseer lo que producían. Como fue incapaz de hacer realidad la promesa del «pan», el gobierno de Lenin autorizó a incautarse del «excedente» de cereales para dar de comer a las ciudades. Así, se envió a las zonas rurales a destacamentos especiales formados por miles de obreros sin empleo. En contra de lo que los bolcheviques afirmaron, la incautación no fue una medida extraordinaria que obedeciera a la guerra civil; el decreto se aprobó varios meses antes de la guerra, como parte integral de la intención leninista de imponer el control estatal sobre la producción y la distribución.⁷³ Entre 1918 y 1922 las incautaciones fueron implacables y se acompañaron de palizas y ahorcamientos públicos, lo que desató revueltas campesinas que, a su vez, fueron sofocadas con brutalidad por el ejército regular. Este proceso acabó con los incentivos para producir más, de modo que los campesinos redujeron considerablemente la extensión que sembraban. Hay que concluir, por lo tanto, que la hambruna general de 1921-22, que costó cinco millones de vidas, obedeció en buena parte a las medidas draconianas que Lenin adoptó en las zonas rurales.⁷⁴

El Terror Rojo de Lenin derivó en una guerra civil que cabe califi-

car de apocalíptica porque, según algunos cálculos, provocó la muerte de trece millones de personas.⁷⁵ (Entre 1918 y 1922 el país perdió entre siete y catorce millones de personas por efecto de los combates, el hambre y las epidemias.⁷⁶ Sin lugar a dudas, estos totales fueron superiores al derivado de la participación de Rusia en la primera guerra mundial.) A ello debe sumarse la pérdida de otros dos millones de personas que emigraron a Occidente; en su mayoría, integrantes de la élite, con una buena formación profesional y cultural.



A lo largo de 1918, Grossman y su madre continuaron en Kiev, donde fueron testigos de las consecuencias de la guerra civil. (En junio de 1941, poco antes de que los nazis ocuparan Berdichev, Yekaterina Savélievna escribió al padre de Grossman que los ataques aéreos eran cotidianos y le traían recuerdos de la guerra civil: «Recuerdo cómo las bombas redujeron a cenizas nuestro apartamento de Kiev ... y que pasamos aquel año horrible con Malina y Tinushka».)⁷⁷ María Savélievna Beniash —la tía de Grossman, apodada «Malina»— y Tina, su compañera alemana, acogieron a madre e hijo cuando se quedaron sin casa. Esto ocurrió, probablemente, en febrero de 1918, durante la batalla de Kiev, cuando los destacamentos rojos dirigidos por el teniente coronel Muraviov bombardearon la ciudad, durante varios días, desde la orilla opuesta del Dniéper.⁷⁸ El gobierno ucraniano, contrario a los bolcheviques, perdió la plaza, que cayó en manos de los rojos.

Durante aquel año Grossman y su madre fueron testigos de la pesadilla que se vivió en la política ucraniana, con una rápida sucesión de cambios de gobierno. El tratado de paz de Brest-Litovsk, negociado entonces por los bolcheviques, exigía entregar territorios de Rusia en Polonia, los estados bálticos y Ucrania. El 2 de marzo, un día antes de que se suscribiera el convenio, las tropas alemanas entraron en Kiev. El 29 de abril un golpe de estado apoyado por los alemanes llevó al poder al general Pavló Skoropadski, descendiente de un aristócrata cosaco del siglo XVIII, que se nombró a sí mismo *guetman* (caudillo). El régimen dictatorial de Skoropadski cayó en diciembre: cuando los soldados alemanes se marcharon de Kiev, el *guetman* abdicó y se dio a la

fuga. La ciudad pasó al control de las fuerzas nacionalistas de Semión Petliura, hasta que en enero de 1919 los rojos la tomaron otra vez.

Después del «año horrible» de Kiev, Grossman y su madre emprendieron el camino —no poco peligroso— de Berdichev. Ucrania estaba assolada por la guerra y abundaban los pogromos. Buena parte de los combates se libraban dentro del territorio de la antigua Zona de Residencia y en los alrededores.⁷⁹ El área se convirtió en campo de batalla entre el Ejército Rojo, encabezado por Trotski, y las fuerzas blancas, zaristas; hubo asimismo batallas menores con ejércitos de campesinos ucranianos y bandas de anarquistas. La población judía vivía aterrorizada por todos los bandos y se perdieron varias decenas de miles de vidas. Aunque los rojos fueron responsables de menos pogromos que el Ejército Blanco o los hombres de Petliura, la Caballería Roja de Semión Budionny también era claramente antisemita. Entre 1918 y 1920 se produjeron por toda Ucrania más de 1.200 pogromos contra los judíos.⁸⁰

Nadiezhdá Mandelshtam, que desde Kiev fue testigo de cómo el poder, durante la guerra civil, cambiaba de manos catorce veces, describe atrocidades perpetradas por turnos por los rojos, los blancos y los nacionalistas ucranianos: «La sangre corría por todas las calles, frente a todas las casas. Nos habíamos acostumbrado a encontrar cadáveres acribillados por las carreteras o el pavimento, pero más que las balas, temíamos las indignidades y torturas que podían infligirse antes de la muerte». Los años de la guerra civil fueron «tan abrumadores como un desastre natural y su efecto primero fue agudizar la percepción del propio presente». Como la gente sabía que la muerte podía presentarse en cualquier momento, «aprendieron a sacar el máximo partido a cada instante pasajero». ⁸¹ Grossman era un adolescente cuando, en Kiev y Berdichev, fue testigo de la muerte y la devastación y pudo reflexionar por vez primera sobre su propia mortalidad. En *Stepán Kolchugin*, Serguéi Kravchenko, que se presenta voluntario para el frente durante la primera guerra mundial, camina por el campo de batalla y, al pasar al lado del cráter de una bomba, siente de pronto «la felicidad y el temor de estar vivo en la Tierra». ⁸²

Al igual que Kiev, Berdichev pasó de un grupo a otro catorce veces. Como explica Grossman en el relato «En la ciudad de Berdichev», «había estado en manos de Petliura, de Denikin, de los bolcheviques,

de los galitzianos y polacos, de los bandidos de Tytiúnik y los bandidos de Marusia, y del demencial 9.º Regimiento, que iba siempre a la suya». La narración describe los acontecimientos de la guerra ruso-polaca de 1920: cuando se expulsa a los rojos, los polacos están a punto de entrar en la ciudad. Durante este interludio el esposo de Beila, Magazánik, comenta: «Para ser sincero ... esta es la mejor fase para nosotros, la gente de la ciudad. Una panda se ha ido y la otra no ha llegado aún. No hay incautaciones, no hay “contribuciones voluntarias”, no hay pogromos».⁸³

El cuento «Cuatro días», que también aprovecha las experiencias de Grossman en esta época, refleja que los asesinatos y saqueos eran algo cotidiano en Berdichev: «Durante la cena hablaban del terrible día de ayer. Nombraban a los muertos, detallaban a quién habían robado y cómo, y bebían a la salud del mejor médico de la ciudad». Toda la población se acabó acostumbrando a «un terrible alarido humano en el que resonaban con fuerza el miedo y la desesperación».⁸⁴ Según explica el médico, en efecto, cada vez que los soldados se acercan a una casa sus habitantes y los vecinos empiezan a aullar; este alarido dificulta los saqueos y violaciones y de paso sirve de advertencia a otros. Llama la atención que las descripciones de los comisarios rojos, en este cuento, son sarcásticas. El protagonista adolescente de Grossman, Kolia, no confía plenamente en ellos cuando prometen que la vida socialista será una maravilla. Paralelamente, en *Stepán Kolchugin*, cuando el bolchevique Abram Bajmutski anuncia el advenimiento del paraíso socialista, Serguéi Kravchenko lo recibe con escepticismo: no puede imaginar una vida sin hambre, pobreza, enfermedades y un trabajo agotador.

Acabada la guerra civil, la clínica de David Sherentsis fue nacionalizada, y la inflación hizo que la familia perdiera también los ahorros. A los quince años, Grossman trabajaba en una aserradora y estudiaba en una escuela profesional unificada. Estos centros mixtos fueron introducidos por un decreto gubernamental de 1918, como parte de la reforma soviética de la enseñanza. Las escuelas profesionales hacían hincapié en los aspectos técnicos e industriales de la educación, al igual que en el adoctrinamiento político, y excluían del programa, casi por completo, las humanidades.⁸⁵

En 1921 Grossman volvió a Kiev e ingresó en una clase preparatoria de un centro de nueva fundación: el Instituto de Educación Popu-

lar. Esta clase de institutos, concebidos para preparar a maestros para los grados superiores y las escuelas vocacionales, ocuparon el lugar de las universidades de Ucrania.⁸⁶ Después de aprobar la educación universal obligatoria, además, hacían falta maestros para los tres millones de huérfanos provocados por la guerra civil.⁸⁷

La revolución acarreó un descenso abrupto de la calidad de la educación. Por otro lado, el currículo no satisfacía a Grossman, que optó por formarse a sí mismo en materia de literatura y ciencia. A los quince años leía a Tolstói, Kipling y Conan Doyle, así como los relatos de Jack London sobre las minas de oro del Klondike. Su libro preferido era *La interpretación del radio y la estructura del átomo*, del radiólogo inglés (y futuro premio Nobel) Frederick Soddy. Admiraba las obras que el físico y filósofo austríaco Ludwig Boltzmann había dedicado a la conductividad térmica. También soñaba con imitar la trayectoria científica de Dmitri Mendeléiev y descubrir un nuevo elemento para la tabla periódica. «Solo el amor a su madre, que jamás flaqueó durante toda su vida, le parecía ... más importante que la universidad, los catedráticos y la gloria con la que soñaba, como soñaba con su propia genialidad, en la que tenía una fe tan inquebrantable como la que puede tener una anciana en el Reino de Dios.»⁸⁸